

Migración

El sustantivo latino *migratio* (genitivo *migrationis*) no registra en ninguno de sus escasos usos en textos clásicos una referencia a animales (al menos no en el sentido técnico que ha adquirido en las lenguas modernas), pues cargaba un significado general de “mudanza”, “cambio de lugar de residencia” (por ejemplo, cuando Séneca recomienda a Lucilio, en el comienzo de la epístola LXIX, no cambiar mucho de lugar, porque la mudanza frecuente es propia de un alma inestable: *Mutare te loca et aliunde alio transilire nolo, primum quia tam frequens migratio instabilis animi est*). Ello es así porque ya la base léxica que da lugar tanto a este sustantivo como a muchos otros derivados¹ presenta un significado bastante general: el verbo *migro* (infinitivo *migrare*) significa “marcharse de un lugar a otro”, “partir”, “trasladar” e incluso, con un sentido metafórico, “transgredir”, “romper”, “violar” (en tanto opuesto a *servare*, “conservar”).

Migración

Del lat. *migratio*, -ōnis.

1. f. Viaje periódico de las aves, peces u otros animales migratorios.
2. f. Desplazamiento geográfico de individuos o grupos, generalmente por causas económicas o sociales.
3. f. *Inform.* Paso de los programas, archivos y datos de un sistema desde una determinada plataforma tecnológica a otra diferente.
4. f. *Quím.* Desplazamiento de una sustancia.

Como puede verse, según el diccionario de la RAE la primera acepción de la palabra refiere específicamente a la migración de los animales, fenómeno cuyo descubrimiento, por cierto, es relativamente reciente. En efecto, hasta ya avanzado el siglo XIX seguía siendo un misterio –rodeado de las especulaciones más fantásticas– qué ocurría con ciertas aves e insectos cuando desaparecían durante más o menos seis meses. El refrán “Una golondrina no hace verano” [está presente desde hace siglos en distintas lenguas y culturas](#): todo el mundo supo siempre que las golondrinas, cigüeñas o mariposas monarca reaparecen anualmente en la época primaveral y estival. Lo que no se sabía es qué era de ellas durante la mitad fría del año: ¿hibernaban?, ¿se convertían en otros

¹ Me refiero a los verbos *admigro*, *commigro*, *demigro*, *emigro*, *immigro*, *praemigro*, *remigro* y *transmigro*, y sus derivados en nominalizaciones deverbales, como *commigratio*, *emigratio*, etc.

animales?, [¿viajaban a la luna?](#) La solución a semejante misterio se dio [por pura casualidad, un día del año 1822, en Alemania...](#)

No es necesario retroceder hasta el latín para hallar la base léxica de la lengua española *migración*, ya que hemos heredado también el verbo *migrar* y algunos de sus derivados; particularmente, aquellos con los prefijos *e-*, *in-* y *trans-* (y su variante *tras-*). De esta manera, nos queda en lengua española la siguiente familia de palabras:

- migrar → migración, migrante, migratorio, migra²;
- ↓
- emigrar → emigración, emigrado, emigrante, emigratorio;
- inmigrar → inmigración, inmigrante, inmigratorio;
- tra(n)smigrar → tra(n)smigración, tra(n)smigratorio.

Algunas curiosidades de la historia de esta familia:

(1) Aunque *migrar* es, desde el punto de vista de la conformación léxica de la familia, la palabra generatriz de las restantes, se trata de un término no sólo de escasa frecuencia de uso, sino de documentación relativamente reciente en lengua española: al menos según las bases de datos de la RAE³, la primera documentación de una forma de este verbo (específicamente, la forma conjugada *migran*) data del año 1922. Más específicamente, en el siguiente pasaje de la novela *Rosaura*, de Ricardo Güiraldes:

Por eso las almas se lanzan en locos futuros imposibles y **migran** de amor en amor, como la luz de astro a astro, hollando el vacío interpuesto a la victoria de la materia.

Si comparamos con la primera documentación de palabras como *emigrante* (1654), *migración* (1790) o *inmigración* (1830) se comprende por qué decimos que la de *migrar* es relativamente reciente.

(2) El premio a la primera documentación más antigua entre los miembros de esta familia se lo lleva el sustantivo *trasmigración*, que data nada más y nada menos que del año 1275, y aparece también nada más y nada menos que en la *General Estoria* de Alfonso X, el Sabio⁴. Y el premio a la primera documentación más reciente es, curiosamente, para

² Es decir, “la migra”, mexicanismo coloquial en referencia al “cuerpo de la Policía de inmigración de los Estados Unidos de América”.

³ Corpus Diacrónico del Español (CORDE) –conformado por documentos que datan desde el siglo XIII hasta el año 1975 – y Corpus de Referencia del Español Actual (CREA) –conformado por documentos desde 1975 en adelante–.

⁴ “E departe sobr”esto que por estas XLII posadas que diz Mateo evangelista en su evangelio que de Abraham fasta David ovo XIII generaciones, e de David fasta la **trasmigración** de Babiloña otras XIII, e de la **trasmigración** de Babiloña fasta Cristo otras XIII, e tres catorzenas son cuarenta e dos.”

otro de los derivados con el prefijo *tras-*: el adjetivo *trasmigratoria*. Hace su aparición en el año 1990, en un libro sobre yoga⁵, en referencia a lo que podríamos denominar metempsicosis.

(3) Los cuatro verbos de la familia están registrados en el diccionario de la RAE como intransitivos; es decir que, supuestamente, no pueden cargar con un complemento directo (puedo decir *Yo emigro* pero no **Yo emigro algo*, por ejemplo). Sin embargo, no nos resulta extraña la expresión “migrar datos” (el buscador de Google ofrece cerca de [50.000 resultados](#) para este sintagma). Esto nos lleva a pensar que la nominalización del verbo (o sea, el sustantivo *migración*) seguida de la preposición *de* resulta, por lo menos, ambigua: ¿qué significaría el sintagma *Migración de datos*? ¿*Los datos migran* (uso intransitivo) o *[Alguien] migra datos* (uso transitivo)? Si se entiende de esta última manera, habría una diferencia importante entre las acepciones 3 y 4 que ofrece el DRAE para nuestro sustantivo (más allá de la especialización en distintos registros, el de la informática y el de la química, respectivamente): mientras que “desplazamiento de una sustancia” puede entenderse como la nominalización de la frase *Una sustancia se desplaza*, “paso de los programas...” resulta ambiguo (*Los programas pasan / Alguien pasa los programas*). Probablemente estemos siendo testigos (o más bien, partícipes) de la modificación de la valencia del verbo *migrar* al otorgarle usos transitivos (que, por cierto, ya cargaba su antecesor latino *migrare*⁶: cfr. acepciones como “trasladar” o “transgredir”).

(4) Este novedoso cambio de valencia verbal abre la puerta a la posibilidad de interpretar, consecuentemente, un sintagma como *Migración de personas* no sólo en el sentido subjetivo, *Las personas migran*, sino objetivo, *(*)[Alguien / Algo] migra a las personas*. Con subjetivo y objetivo nos referimos a si la palabra “personas”, en estos ejemplos, cumple función de sujeto o de objeto (complemento) directo, respectivamente. Aquí la pregunta sería, claro, cuál podría ser el sujeto de tal acción: de acuerdo con la acepción 2 del DRAE, tal vez no resulte alocado prever la existencia de expresiones como *(*)La falta de trabajo migró a esa familia*. Pero esto ya sería hacer futurología lingüística...

⁵ “La mente, como órgano perceptivo, es un fijador constante de impresiones que son almacenadas en la memoria; la muerte es solamente un evento más que, de ninguna manera, oblitera los samskaras ni el karmasaya que continúan existiendo como memoria potencial en espera de ser agregados a un nuevo órgano perceptivo, la mente de un nuevo ser que a su vez, durante su eficiencia, toma y adiciona más impresiones que serán almacenadas, aunque muchas otras sean destruidas. El motor que alimenta este constante devenir, esta **trasmigración** de karmasaya y sus samskaras, es la causalidad misma y el deseo. La única manera de terminar definitivamente con esta secuencia **trasmigratoria** es romper su soporte y substrato, el deseo y sus consecuencias.” Arroyo, Alexis (1990): *Yoga tal cual es*, México, Árbol, p. 80.

⁶ También *emigrare* registra usos transitivos, aunque no en el período clásico.

Es interesante que, si bien el término *migración* puede remitirnos en primer lugar –como lo hace el diccionario– a pensar en el fenómeno de las aves y demás animales migratorios (es decir, como un tipo de estudio llevado a cabo por zoólogos y ecólogos), en los últimos años el concepto ha cobrado un valor relevante dentro de disciplinas como la demografía, la sociología y la economía cuando se lo aborda como un fenómeno humano. En esos campos, el término no se entiende sólo como el proceso de desplazamiento de personas de un país a otro (migración externa) sino que también comprende las migraciones internas, que pueden ser del campo a la ciudad, de una ciudad a otra o incluso intraurbanas (del centro a la periferia, por ejemplo), lo que tiene efectos decisivos en aspectos como la densidad poblacional, la movilidad en la estructura social, el acceso al trabajo, el consumo de bienes culturales, etc., no exentos muchas veces de efectos de segregación y otras formas de violencia simbólica y concreta.

También podríamos pensar las migraciones como lo hizo Cortázar con el *jazz*, en el capítulo 17 de *Rayuela* –usando, por cierto, los cuatro verbos de la familia léxica–:

(...) y así va el mundo y el *jazz* es como un pájaro que **migra** o **emigra** o **inmigra** o **transmigra**, saltabarreras, burla aduanas, algo que corre y se difunde y esta noche en Viena está cantando Ella Fitzgerald mientras en París Kenny Clarke inaugura una *cave* y en Perpignan brincan los dedos de Oscar Peterson, y Satchmo por todas partes con el don de ubicuidad que le ha prestado el Señor, en Birmingham, en Varsovia, en Milán, en Buenos Aires, en Ginebra, en el mundo entero, es inevitable, es la lluvia y el pan y la sal, algo absolutamente indiferente a los ritos nacionales, a las tradiciones inviolables, al idioma y al folklore: una nube sin fronteras, un espía del aire y del agua, una forma arquetípica, algo de antes, de abajo, que reconcilia mexicanos con noruegos y rusos y españoles, los reincorpora al oscuro fuego central olvidado, torpe y mal y precariamente los devuelve a un origen traicionado, les señala que quizá había otros caminos y que el que tomaron era el mejor, pero que quizá había otros caminos dulces de caminar y que no los tomaron, o los tomaron a medias, y que un hombre es siempre más que un hombre y siempre menos que un hombre, más que un hombre porque encierra eso que el *jazz* alude y soslaya y hasta anticipa, y menos que un hombre porque de esa libertad ha hecho un juego estético o moral, un tablero de ajedrez donde se reserva ser el alfil o el caballo, una definición de libertad que se enseña en las escuelas, precisamente en las escuelas donde jamás se ha enseñado y jamás se enseñará a los niños el primer compás de un *ragtime* y la primera frase de un *blues*, etcétera, etcétera.

En esta era de migraciones, sin dudas, reconocemos el coraje que se requiere para encarar el desafío de migrar.

Dra. Beatriz Carina Meynet

3 de junio de 2019